

go costumbre de tratar con más reyes que mi padre, mi madre y mi hermano.

De su tía y suegra, la Infanta Luisa Fernanda, Duquesa de Montpensier, a la que profesó gran cariño, le oí contar a doña Eulalia esta anécdota:

—Mi suegra era devotísima. Cada vez que íbamos al Vaticano llevaba infinitos rosarios y medallas, para que se los bendijese el Papa. En una ocasión, León XIII, que ya sabía la costumbre, al ver que le mostraba una medalla extraída del saquito que llevaba, le dijo sonriente: «Hija mía, dame el saco entero, para bendecirlo todo de una vez».

Ni yo me he propuesto recoger aquí una bibliografía de la Infanta, ni cabe en estas páginas extenderse más. Queda lo consignado como un simple recuerdo de aquella gran andariega, que hizo un alto en el camino durante los últimos veinte años de su vida, para residir sosegadamente en tierra española, primero en Fuenterrabía y luego en Irún. Los restos mortales de doña Eulalia de Borbón y Borbón reposan en el panteón de infantes de El Escorial; su alma — murió cristianísimamente—cabe esperar que Dios la haya recibido en su gloria y que allí siga siendo alegre, sincera y hasta un poco revolucionaria: ¿Por qué no?



Páginas Antológicas

SACRA FAMILIA

Ahuecada en piedra dura,
de un serrijón en las faldas,
a fuer de faldas — por Cristo —,
piedras se ahuecan ufanas,
una cueva es la guarida
para la familia Sacra.

¡Mirad que aposentadores
tuvo la divina cámara!
Siguen, por tapicerías,
y, por cortinajes, zarzas.

La mañana — rosa fría —,
se ha cuajado en las ventanas
de Belén. Gritaba un gallo
dándole el «¡quién vive!» al alba.

¡Salió la Estrella a los medios
con alamares de plata!
Rey Herodes — lejos —, tiene
con estrelleros gran plática.

(Cien madres sueñan que miran
sangre en sus manos, de espada.
Despiertan... Hieren sus pechos,
en sudor las crenchas lacias).

Cielos duros de Judea
y tierras de sal amargas.

Los pastores buscan tiernos
pastos y dulces aguadas.

Naterones, los rebaños,
del otero a la majada,
nievan, por cañadas verdes,
copos de balido y lana.

Pobre, desnudo, sin fuego
—quien con fuego nos abasta—
está aquí el niño. Un pesebre
de humildes bestias por cama.

¡Ved—puro Amor—, que sois fuego,
y estáis sobre un haz de pajas!
La Virgen, llanto en los ojos...
¡A incendio tal, tales aguas!
Anda a tajos y reverses
el cierzo esgrimiendo escarcha.

Y José que goza y gime
—agrídulces de naranja—,
rindiéndose, ya ha quedado
dormido bajo su capa.
Angeles—al vuelo—, danle
por cabezal plumas blancas.

Rafael LAFFON



CRONICAS DE VALLE VERDE

EL PREGONERO

BUENO, amigo, no tome usted a broma nuestro pregonero. En general, por su bien se lo digo, no tome usted a broma o en serio nada, mientras no lo conozca bien. Digan lo que digan las apariencias, usted espere y no juzgue o tendrá que andarse arrepintiéndose a cada dos por tres.

Nuestro pregonero—se lo aseguro yo, que estoy al tanto—no es cosa de broma. Si usted quiere guasearse de algo nuestro, motivos no le faltarán. Ya ve usted qué pueblo, qué calles, qué casas, todo hecho a la tracamunda y en tenguerengue, ¡que cualquier día se mueve una piedra, se vienen detrás las otras y adiós muy buenas. ¿No es de risa que llamemos a esa cuesta la Calle Real y a esto otro la Plaza Mayor? ¿Se ha fijado usted que la Iglesia tiene desmochado el campanario y mientras la torre se compone o no se compone—que cuando será ello—han puesto un esquilón con una cuerda? ¿Y el camposanto? ¿Ha visto ya que tenemos por todo cementerio el huertecillo que rodea a la Iglesia y que hemos de pasar por entre las tumbas cuando vamos a misa, a bautizarnos o a casarnos? Y encima cuando alguien nos menta por ahí dice siempre «Valle Verde la del Castillo...» Mucho castillo y ni ferrocarril, ni carretera, ni teléfono, ni telégrafo, ni luz... ni un puntejo siquiera en el mapa para señalar que estamos aquí. Que sí, señor, que aquí hay materia para el chiste y la guasa.

¿O es usted, acaso, de los que sólo se divierten a costa de las gentes? Pues nada, hombre, también tiene usted aquí tela cortada y por eso no nos vamos a enfadar. Ya ve usted qué pinta y qué modales y qué habla nos gastamos. ¡Qué se le va a hacer! La vida es durilla y para defenderse hay que apretar de firme y pasarse el día con la azada en la mano, o bregando con las bestias y el ganado. Y, luego, como aquí somos siempre los mismos perros con los mismos collares, pues lo que pasa: Tú por tú y como si todo el pueblo fuera nuestra casa. Vivimos a la pata la llana, sin requilorios ni etiquetas. ¿Para qué las queremos si cada uno sabe de sobra el pie o pata, si usted quiere, de que cojea el otro? Gente atrasada, si señor, tosca, ignorante; paletos hasta las cachas. Imagínese usted. Sin radio, sin cine, sin periódicos... ¿qué se puede esperar de nosotros? Poco más o menos, como si viviésemos en el limbo.

Puede usted, por lo tanto, hacer burla de nosotros y de nuestras cosas con entera libertad. Lo más probable es que ni nos demos cuenta, lo mismo, por ejemplo, que si usted se chotea de un asno al tanto de sus orejas o sus mataduras. Nosotros como el burro, aguantaremos